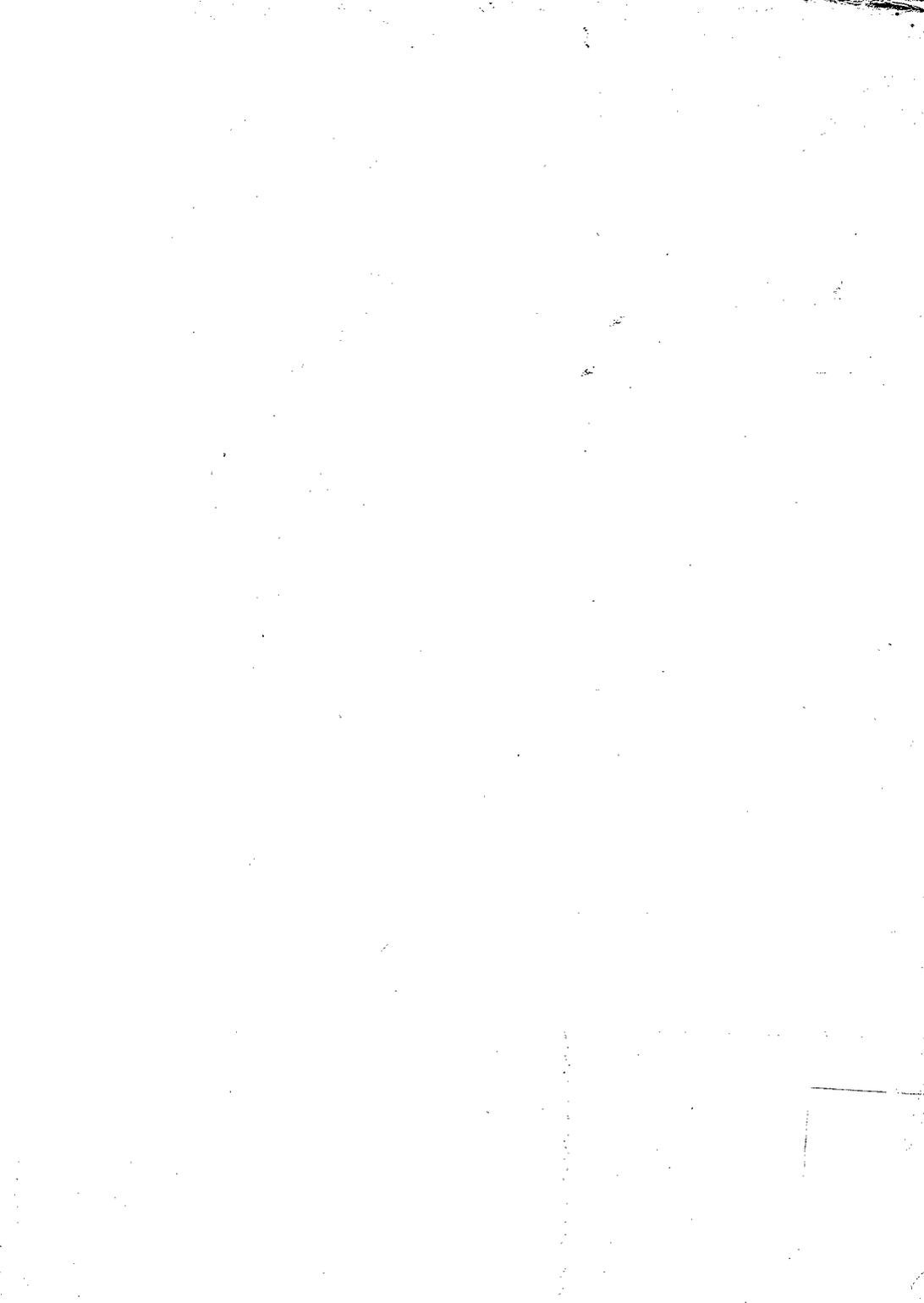




José Caballero

DE UN TIEMPO
a esta parte

LAS PALMAS
1969



DE UN TIEMPO A ESTA PARTE

JLG 7953 X



José Caballero

DE UN TIEMPO
a esta parte



Comarín



la cuchara de palo

LAS PALMAS

1969



Depósito Legal G. C., 427-1969

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

*Yo os traigo un alba, hermanos. Surto un agua,
eterna no, parada ante la casa.
Salid a ver. Venid, bebed. Dejadme
que os unja de agua y luz, bajo la carne.*

BLAS DE OTERO

*I will make divine magnetic lands, with the love
of comrades,
with the long love of comrades.*

WALT WHITMAN

MIS VERSOS



Mis versos aquí los pongo,
con frutos agrios brindando,
inmensos sueños levanto
en estos aires de plomo.

Mis versos aquí los pongo,
para ver siquiera el polvo
que levanta a los caminos
en su paso solidario.

Para que hablen como ríos
y se mezclen con el pueblo,
para que pisen de lleno
mis versos aquí los pongo.

Aquí, para hablar de todo,
para todos y cada uno
boca arriba quedan puestos
buscando el sol verdadero.

La misma vida los trajo
poniéndomelos al paso;
abriendo fueron mis ojos
y por mi boca sangrando.

Un fruto que me era a diario,
con sabor a prohibido,
los iba quemando vivos
a la altura de los labios.

Viéndole a la vida el rostro
quisieron pasar de largo,

mas un aire poderoso
los hizo cambiar de rumbo.

De estos aires de hilo amargo
está mi canto enredado.
Con ellos sigo creando
mis versos en este mundo.

SI YO HUBIERA NACIDO DE ENTRE EL PUEBLO

Desde lo más profundo de mis sueños,
apedreando el hielo de mis pasos
y rompiendo el cristal de mis oídos,
brotan, como arrancados de los mismos infiernos,
rayos que se me suben, como locos
demonios, por el cuerpo.

Ellos me gritan que yo soy del pueblo,
de ese pueblo de cumbre y precipicio,
de mar y acantilado,
aunque nunca comiera de su plato,
nunca durmiera bajo el mismo techo
ni nunca diera con el rostro
en el mismo lecho.

Mas, yo no soy del trigo
que sangre a estiércol rojo y a crepúsculo,
que huela a cántaro de lluvia y barro
o sepa a río cálido de surco.

Si yo hubiera nacido de entre el pueblo,
yo, que he comido siempre de su músculo
y que he bebido de su llanto,

yo,

con esa marca de hombre ceniciento,
me habría refugiado en las filas de los truenos
o afiliado en las alas de los vientos
para dar a los cuatro puntos del universo
la solidaridad de mi pecho y de mi aliento.
Hubiera alimentado, sopro a sopro,
con la luz de un incendio,
toda esperanza justa entre los cuerpos.
Habría dado, contra tanto frío,
todo el calor capaz entre las manos

y, junto a tanto amor, habría odiado
a los que sólo viven al abrigo
de un escuadrón de pechos sin latidos.
Habría cabalgado por el sueño confuso
de los hombres sin fe y sin empeño,
poniendo el instrumento clandestino
junto al fuego de todos sus sentidos.
Todo esto, incluso el ruido de mis nervios
empañando la sangre de mi canto,
habría puesto al borde del camino
si yo hubiera nacido de entre el pueblo.

Y EL MUNDO QUEDO EN SILENCIO

Sentí el aliento de un rayo
soplar levemente el hilo
de mi oído.
Volvió a sangrar el impulso
que se me escapaba frío
por los dedos de las manos.
Batió el corazón amargo
sus talares contra el viento
y los ojos, como espejos
donde se miden los sueños,
animaron los tranquilos
caminos del sentimiento.
Salió como un humo negro
de la raíz del sollozo,
de aquel fárrago de rostros,
de aquellos muslos borrosos,
de aquellos rojos cabellos
vomitando al firmamento
y enloquecidos de espanto.
Y así y todo
el mundo quedó en silencio.

Que se me mueran los ojos
que quiero creer que ha sido
un error del universo.

Vi más lejos que ninguno,
mucho más claro que todos
los que emplearon el tiempo
en soñar, como en un templo
se sueña, con los milagros.



Los indiferentes labios
mordieron en solitario
cuando supieron del odio
que el hombre puso en el cuerpo.
Aquellos gritos perdidos,
la ira de los verdugos,
el desaliento del frío,
el abandono del viento.
Y así y todo
el mundo quedó en silencio.

Que se me pudran los ojos
que quiero creer que ha sido
un error del universo.

De mi alma nació un gemido
por el que el pulso en reposo
salió de su aro de fuego.
El mar era como un círculo
en que las olas y el puerto
fueron tangentes del cielo.
Aquellos labios con besos
de más de un dique de largo,
el sostenido de látigos
restallando contra el polvo,
aquel transcurso del tiempo
a la voluntad del llanto.
Y así y todo
el mundo quedó en silencio.

Que se me quemem los ojos
que quiero creer que ha sido
un error del universo.

Por el mar, que es un camino,
fueron de encierro los sueños.
Aquí sólo quedó el negro,
el negro y dragado suelo
donde llovieron de lleno
los sudores del infierno
batiéndose en el cemento.
Himnos de sangre del pueblo
que oficiaron los demonios
con las lenguas en el fango.
Y así y todo
el mundo quedó en silencio.

Que se me mueran los ojos
que quiero creer que ha sido
un error del universo.

POETA AMIGO

Poeta amigo,
pon un verso junto al camino,
tan sólo un verso, amigo,
aquí, sobre este barro embrutecido,
donde se incendia el hombre en el deshielo
de la ignorancia y del misterio;
al hombre que así vive en este mundo
hazle un verso de amigo.
Tierras martirizadas por el viento,
por la sed y el silencio,
necesitan, poeta amigo,
del aguacero de tu aliento.
El rastrillo y la hoz,
la azada y el arado,
que nacieron con siglos de destierro,
sólo esperan un soplo, amigo,
el soplo de tu voz,
para también cantarle al universo.
Poeta amigo,
pon un verso junto al camino,
pon atención al hombre perseguido,
busca en su corazón de trigo
la pulsación del pueblo
que es el poema más antiguo,
el que puede llevarte de la mano
y al que tú estás dejando sin abrigo.
Por la luz de esos ojos
que ofende la conciencia de los cielos,
por el olor a estiércol de sus hombros,
por el sabor a fuego
que tienen sus raíces y crepúsculos,

por sus flores de barro,
por su verdad a pulso,
por su lucha a dolor partido
y el calor de su canto cristalino,
por el pueblo,
poeta amigo,
pon tus versos
junto al camino.



BARRO

Este barro,
cualquier
barro que veamos,
vestido o desnudo,
prisionero o liberto,
fue creado
en los más remotos tiempos
por el designio ignoto
de un artista
milenario.
Fue creado para ser
—a su debido momento—
la materia prima
del aliento,
el silencioso molde
donde habría
de labrarse
el pensamiento.
Pero,
antes del barro fue la tierra
en manos del artesano,
la
revolucionaria tierra,
relumbre ceniciento
en medio del negror
del universo,
y también fue la lluvia
lavando los cimientos
de aquel extraño
paraíso.
Después

—y por último—
vino la canción
en cuerdas del arpista
solitario
dándole vida
a los dos.
Y así nació
el barro
primitivo,
a imagen y sabor
de aquel soberano
soplo,
de aquel
interminable
cataclismo.
El tiempo
fue pasando
y de aquel barro,
nacido en la artesa
de un escultor
y puesto
luego
a la intemperie
y a las buenas
del sol,
nadie sabía su nombre,
nadie sabía su color.
Nadie supo nada
hasta que un día,
como un relámpago
encendiendo el aire,
salió despedida
la primera sangre.
Y entonces

fue el grito,
la sorpresa,
las lágrimas,
el odio
y el dolor.
Todo se supo entonces:
de la lucha salvaje
entre una piedra estrellada
y una primera flor
de primavera,
formando su hermosura
con columnas de barro
y pétalos de sol,
había nacido
el hombre,
el rey
de la creación.

CANCION A LA CAMPESINA LANZAROTEÑA

Campesina
lanzaroteña,
ya el otoño
por tus caderas
resbala,
habla o calla
con la tierra.
En cada hoja
de tu aliento
tiembla
una flor de parra
de la Geria,
y por tus hombros,
ansiosos de lluvia,
surcan
el fuego de la montaña
y la dulzura
de la arena.
Tu alterosa figura
está hecha
de roca viva
y en tus ojos,
que son fiestas del pueblo,
luce el sol de las Salinas,
el verde mar del cielo,
las playas del Golfo
o la marinera brisa.
Campesina
lanzaroteña,
en Haría
sobra una palmera

para tu frente
de reina,
y en Yaiza
o en Los Valles,
una casa blanca,
con puertas
y ventanas verdes,
para planchar de rojo
tu paz
y tu semilla.
Te vi un día,
campesina,
de lejos,
junto a la pachorra
amarilla
de un camello,
trabajando la tierra
cargada de sudores
y de telas,
siempre en alegre
juego de colores.
Abrazaba el día
y, por un río de lava
hundido en el tiempo,
ibas de camino
con el arado encendido
en la punta de tus dedos.
Ibas labrando
tu propio surco
—mucho fruta ya
mirándote a la cara—,
toda la luz en vuelo
hacia tu corazón,
ese corazón

trabajando boca arriba
con una sonrisa
y una canción.
Amiga
surcadora
de cenizas
y parrales,
la isla entera,
con el perfume
y el sabor
de su volcánica
primavera,
te profesa
toda la devoción
que merece tu sangre,
volante lámina de espuma,
grave estrella de lluvia
mil y mil veces derramada
sobre tu geografía isleña.
Tú eres,
amando la blancura
de los ciegos jameos del agua,
siempre viva canción
de la libertad de la piedra.
Tú, que eres
la piedra misma,
campesina
lanzaroteña.

CANCION

Canta el barro de sol a sol
por tus espaldas.
Cubre tu piel la noche de más calma
y, en tus ojos, el alba
se siente fuego, viento y agua.

Canta

el sudor por el día
con suave voz perdida,
somnia, somnolienta,
pequeña
y hasta blanca.
Canta la sombra de la ermitaña.

Canta

el jilguero a tus plantas
y hay rama
que no te cante con amor de hermana.
Eres hombre de surco y montaña,
eres hombre de arena y vida viva
y eres, en el espacio, la pradera
de la vida.

Por ti cantan las colmenas
al desnudarse bajo el agua
y ti
se miran el cristal y la pradera
y es por tu corazón donde resoman
la alegre tempestad de la lluvia
y el polvo luminoso de la harina.
Si con sabor a altura, sal o lluvia
en la oscuridad despiertas,
te canta enamorado el cantar de las colmenas,
la fragante tormenta en la pradera;

la llama de la hoguera,
la luna y las estrellas.
Mas, el tono mayor está en la casa,
la casa honesta y proletaria
con olor a tabaco y a palmera,
donde el amor se arropa entre las sábanas
y el calor se descubre en las sonrisas
de las almas.

Allí canta la vida,
allí se planta la canción del alba
y allí se duerme al habla
como a un niño en su cuna,
con la paz en la boca
y el corazón en la garganta.



*Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
que regando encerrada bellos miembros extremos
siente así los hermosos límites de la vida.*

VICENTE ALEIXANDRE



AMOR

Aquí está la mujer, fuera de las tinieblas y del dolor del aire. Aquí está otra vez, digna para el hombre, sacerdotisa pura otra vez para el placer.

Tal vez haya alguien todavía que no conozca la sonrisa que da calor a su boca frágil y navegable, o no haya besado la nieve de río que corre por sus medias lunas, o tal vez no haya sido testigo de la inexplicable luz de sus caderas. Tal vez haya alguien todavía que no sepa respirar el vapor de sus axilas. Alguien, en fin, que no conozca el amor por el que la tierra gira sobre sí misma.

No hay nada más divino que el amor de la carne. Todo lo que el universo creador ha puesto en este mundo es divino. La materia es divina y tú, mujer, eres la celeste artesa donde el hombre amasa su semilla, donde, mirando a la tierra a través de tus labios y de tu aliento, busca su única posible supervivencia, tal vez su eternidad.

El amor es divino. Todo nuestro amor apasionado, desesperante, fanático, amable o lascivo, es divino y perfecto. La mujer sabe que su sexo es el centro del mundo. Ella lo sabe y por eso ama y es mar, lago, pozo, canal o río para recibir toda la vitalidad y herencia del hombre.

Todas las mujeres aman. Ama la esposa, la campesina, la maestra, la prostituta, la funcionaria, el ama de casa, la princesa, la artista, la embajadora,

la obrera, la reina, la monja y la universitaria. Uno es amor de entrega, otro exasperado, otro indiferente y convencional, otro lucrativo, otro hundido en la fragancia de la tierra, otro encaustrado, otro enjoyado y vengativo, otro inocente y divertido. Y aman con el cuerpo, entregándole toda el alma.

El aire seguirá siendo total y abierto. El barro seguirá enfangando las botas del carretero. La montaña con la misma esperanza de inviernos y veranos. El mar con el mismo plato azul, de naves de acero y de cristal. La vieja ciudad con las mismas calles y las mismas gentes. Todo seguirá igual.

Y tú, mujer, seguirás amando al hombre, buscándole y ofreciéndote en toda tu divinidad. Una diosa para que el hombre, amándote, encuentre la verdadera libertad.

TU TIERRA

(A Juan el mayordomo)

Hablaste despacio,
con el rostro manchado
por un soplo
de barro
y el olor
de las reses en tu pecho
floreciendo,
dijiste algo así como...
«Si el cielo se suelta pronto,
esta tierra de amoríos
dará rempujo al racimo
y, más luego,
si quiere Dios,
un sol cariñoso
meterá al fruto en camino».
Sí, para ti todo está tan claro
como la luz trigueña de los riscos
o como el vino
que beben tus ojos sedientos.
El milagro está en el cielo
en forma de rocío
o está en el sol amoroso
dando calor al sarmiento.
Pero yo veo tus manos
apartando raíces y troncos,
de tierra tu corazón
cavando
amanecidas y crepúsculos,
montañas y barrancos,
todo creyendo en ti, hombre sencillo,
rey de esta pequeña creación,

dueño silencioso
de lagares y lentiscos,
porque, tocando y amando,
tu poderío ha crecido
por encima del color
de los ciruelos,
de los parrales y naranjeros,
por encima del limón,
de la retama y el nisperero.
Por eso,
cuando hablas despacio
de los milagros del cielo,
yo sólo veo el sudor
por el espacio de oro
de tu frente de jornalero.
Amigo fiel y fecundo,
hermano,
perdona si te ofendo,
pero para mí el milagro
está en el fuego de tus manos.

POEMA PARA EL POETA SAULO TORON

De nuevo,
convertido
en luz de arena
y en estrella de rostro
y aire
sumergido,
llegas,
poeta,
desembarcando
en nuestro
viejo territorio
de sangre,
viento
y fuego,
por el azul camino
de piel y espuma
a dejar la huella de tu aliento
como un viejo
dios
marinero.
De la verdad de tu agua
salen a respirar
cristales submarinos,
algas
de humo y hierro
que se atan a tu pelo
como hilados ciclones
filtrándose en el mar.
De isleña claridad
es tu vuelo emplumado;
un círculo de nidos



te saluda
de medio arriba,
rezumando
helada libertad.
Tu paz y tu esperanza,
toda tu existencia
de luz
sobre la tierra,
sostienen,
en el cielo de los océanos,
una canción escrita
con letras verticales
de latitud
y atmósfera.
Llegas,
poeta,
del íntimo color del infinito,
a poner tu sonoro pulso
y el aguacero de tus versos
junto al dolor del hombre,
su pena y su miseria.
Mientras el viento turbio,
dándose de golpes
contra los árboles
del odio,
quiere borrar tus huellas,
de hueso,
tierra,
lluvia
y carne,
tus pasos por el mundo
resuenan como espejos.
Llegas,
poeta,

al pueblo;
tu salitrosa frente
arrugada en la lucha
inagotable del silencio.
Arrugas tiene el surco
donde trabaja el campesino,
arrugas el camino
por donde viaja el carretero,
arrugas tiene el cielo
y la mar,
tu mar, poeta amigo,
donde tú fuiste,
amando,
el mejor marinero.

POEMA ELEGIA A PEDRO PEREZ BARRETO,
PEON DE ALMACEN POR MAS DE CUARENTA
AÑOS, EN SU MUERTE REPENTINA

Pedro Pérez Barreto,
peón en juego
por el tablero duro y silencioso
de la vida,
donde la muerte en forma de alfil negro,
con su correr torcido
y traicionero,
te dio sonoro jaque repentino.

Pedro Pérez Barreto,
peón en movimiento
por una esquina de olvidado negro,
donde lloraron tus espaldas de hércules
y vaciló la luz de tu equilibrio.

Pedro Pérez Barreto,
hermano de la cal
y primo del azufre,
llevaste el huracán de los sulfatos
vibrando en las pestañas
como hojas de laureles
mordidas por el sol.

Pedro Pérez Barreto,
hasta ayer templo enhiesto,
manantial gigantesco de sudores,
delirio de vigor, violento puerto
abierto al mar de la ilusión...

Tú eras
la sangre que manaba gota a gota
mezclada a diario con el polvo...

Eras...

Pedro Pérez Barreto,
uno entre mil de quien más de una vez
oí decir: «Perro fiel»,
«perro fiel»
a un hombre porque no ladraba su hambre...
«Perro fiel»
porque regaba el oro de los sacos
con la enguanada de su frente.

Y eras,

Pedro Pérez Barreto,
en tu rincón fertilizante,
un superhombre meridiano
templándote en la sangre de la turba,
en el cobre o en el yeso,
en el sistema planetario
de los superfosfatos.

Pero un día
te quedaste pequeño,
sin saber a donde mirar,
y no quedó
ni la triste piel de tu sombra,
ni una estrella del mar de tu miseria,
ni la raíz del viento
que en tu pecho guardó
un verde corazón de tierra.

No te quedó sino tu mala muerte,

Pedro

Pérez Barreto, muerto muchas veces,
cientos de veces, hoy, mañana, siempre.

ELEGIA A MI MADRE

Me cupo el dolor,
el consuelo,
el inmenso gozo,
el llanto,
el amor,
de oír, madre,
como hilos fugitivos,
los últimos latidos
de tu corazón.
Hoy mis ojos,
sin soledades
ni sueños,
se van quemando
solos,
recordando el silencio
que, como un ladrón,
entró
rompiendo el aire,
la luz y el decoro
de aquella triste
habitación.
Todo estaba perdido
de antemano,
lo sabíamos,
mas nadie puso de luto
anticipado
a la razón.
Tus ojos apagados
—hacia ya tiempo—
parecían más lúcidos,
más llenos

de color.
Yo creo
que nunca viste, madre,
ni más claro
ni más amargo,
pues sabías que había llegado
la hora del adiós.
Tu rostro
—siempre lo tengo delante—
levantó con su vuelo
el polvo
de mis recuerdos,
y fui otra vez aquel niño
aprovechando el lujo
de tus ojos,
apurando
el profundo
fruto
de tu amor.
Y nos vino de improviso...
La muerte se nos puso
a mano,
huérfana ya la sangre,
descompuestos los sueños,
las ilusiones,
toda una vida de cabellos rubios
girando en un oscuro fuego
a nuestro alrededor.
Y nos vino de improviso,
poniéndonos
a tiro,
haciendo uso
de toda su fuerza y poderío
para llevarse tu gesto,

tu caricia, el brillo
de tu canto,
el humo
de tu voz,
mas nunca aquel latido,
aquel lejano suspiro,
el último beso
que yo arranqué de tu pecho
como se arranca una flor.
Esa flor que yo tengo
hoy en mis manos
y que pronto
he de dar a mis hijos
para que sientan el soplo,
el aroma glorioso
de tu corazón.

INDICE

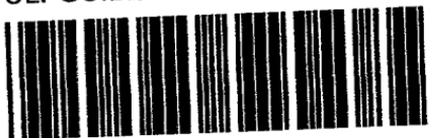
Mis versos	7
Si yo hubiera nacido de entre el pueblo	9
Y el mundo quedó en silencio	11
Poeta amigo	14
Barro	16
Canción a la campesina lanzaroteña	19
Canción	22
Amor	27
Tu tierra	29
Poema para el poeta Saulo Torón	31
Poema elegía a Pedro Pérez Barreto, peón de almacén por más de cuarenta años, en su muerte repentina	34
Elegía a mi madre	36



*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Pedro Lezcano
el día 6 de Noviembre de 1969*



ULPGC.Biblioteca Universitaria



623753
BIG 860-1 CAB de

